

LA CARRERA DEL CUERPO DOCENTE

Adriana Barrionuevo

La preparación

Como docentes, “elegimos la carrera”, “estudiamos la carrera”, “seguimos la carrera” y “andamos a las corridas” para “continuar en carrera”. Según el diccionario, *carrera* es “el conjunto de estudios que habilitan para el ejercicio de una profesión”.¹ La carrera docente, en su etapa de formación en la que somos todavía estudiantes, en la inserción profesional y en la formación continua, puede considerarse un ejercicio, es decir – otra vez apelo al diccionario- un conjunto de movimientos corporales para adquirir, desarrollar o conservar una actividad : “estar en ejercicio de la profesión”, suele decirse. Y este ejercicio puede parecerse al de una carrera: se prepara, se comienza, se recorre, se llega; se trata de cumplir ciertos tramos según un mapa establecido que, alternando movimientos de rapidez y detenimiento, no descarta imprevistos. Un ejercicio de estudios, o sea, un modo determinado de relacionarnos con el saber que corresponde a la apropiación de una razón escritural en la que predomina la lógica analítica. Es este tipo de ejercicios “escriturales” lo que habilita para participar y mantenerse en la carrera docente: no se está en la carrera docente sin re-correr la escritura.

En la docencia, enseñamos a leer y a escribir, nos preparamos para esta tarea, sea cual fuera nuestra disciplina y, de un modo u otro, la efectivizamos en el aula. Tal vez estamos suponiendo un modo de relación con la escritura que se enmarca en la razón estrictamente lógica, objetiva, analítica que tiene una función regulativa que determina lo que está bien y lo que está mal: función vigilante o inspectora de la razón que se legitima en la epistemología y se encarna hasta en los actos más mínimos que se han de perfeccionar conforme a la razón, en esa relación exegética o hermenéutica que solicitamos a la escritura, que no pocas veces nos convierte en evaluadores y controladores del proceso más que en productores o habilitadores del deseo de escribir e inscribirnos.

¹ Diccionario De La Lengua Española. Vigésima segunda edición Real Academia Española.

La docencia va acompañada de la escritura, no solamente cuando enseñamos a escribir o a leer lo escrito. La carrera docente se inicia cuando nos inscribimos en ella, escribiendo nuestras vidas: el obligado *currículum vitae* con su versión más burocratizada llamada legajo, da cuenta de los trayectos elegidos y efectivamente corridos y re-corridos en nuestra vida como enseñantes. Una escritura que da cuenta, a su vez, de nuestras escrituras apropiadas en cursos, talleres, seminarios, entre otras propuestas capacitadoras de nuestra discapacidad. Otras escrituras que no se explicitan, atraviesan también todo el ejercicio detallado en el curriculum: libros de temas, planillas varias, notas en cuadernos, palabras en el pizarrón, entre tantas grafías cotidianas que son una posta obligada para continuar en carrera. Damos cuenta de esas escrituras no solamente ante el reclamo de la burocracia pedagógica, sino –y, tal vez, sobretodo- en los ademanes de las manos, en la dirección de las miradas, en los mínimos gestos de sonrisa y severidad que el día a día escolar exige y en tantas otras imperceptibles curvaturas del cuerpo.

Invito, entonces, a pensar la docencia como se piensa la escritura, desde la figura metafórica de la carrera. Pensar la docencia como escritura y la escritura en la docencia por conceptos puestos en acción, en práctica, en ejercicio, en carrera, intentando explorar otros lugares, más allá o más acá de la definición conceptual analítica, abstracta y de precisión lógica. La docencia como un ejercicio de escritura que dibuja una práctica, una profesión, un cuerpo, una vida...

Fue en Hélène Cixous que leí por primera vez “la carrera de la escritura” (Cixous: 1994/2004, 74 y 2004, 144). Es esta una figura en la que H. Cixous incita al movimiento en el despliegue de la lengua para activar escrituras. Cixous corre, a veces a alta velocidad, con prisa abriendo el camino para huir de la pretensión de representar un sentido que le precede a la escritura como pensamiento o como cosa. Sentidos que afirman lo que es y deber ser un cuerpo docente en el otorgamiento de modelos conformes a los que debemos copiarnos y representarnos. Marcando nuestras palabras al modo de una orto-grafía, *como si* la docencia tuviera ya sus normas rectas, desde siempre, para corregir los modos en que significamos nuestras vidas. “La carrera de la escritura” nos pone en movimiento, entonces, para recorrer los modelos vigentes, los que nos mantienen en carrera, para, tal vez, hacer venir otra forma de ser docentes. Implica desviarse de la historia de la escritura ensamblada

con la historia de la Razón. Una orto-grafía que manda escribir con mayúscula, como si fuera la única y la más importante, tanto que es *como si* una luz iluminara el sentido propio de *lo que es*. ¿Por qué apostar al movimiento del devenir y no a la quietud del ser? El *logos* desde su origen, allá en Grecia, aparece junto a la escritura; la Razón occidental podría decirse que nace con la escritura y que *logos* y Razón se ensamblan en una matriz que imposibilita su separación. Platón, por ejemplo es apreciado como un pensador que está en el tránsito de la oralidad a la escritura y como el fundador de la filosofía. La razón que predomina en los saberes escolares tendría su germen en esta matriz que, dicho a grandes rasgos, adquiere una forma particular en la modernidad: sería en este período que aparece esta acción que denominamos estudio, una acción emparentada con la Razón gráfica que demanda consciencia, objetivación y análisis individual. Una historia de la Razón que ha considerado menor a la Razón práctica o la pragmática como formas de vida que exceden en mucho a las relaciones analíticas propias de las exigencias de lo que llamamos estudio.

Creo que los docentes nos pensamos y pensamos la enseñanza fuertemente marcados por una tradición que impone la lógica del *qué es* que configura modelos conforme a los cuales nos hemos de modelar, como si el significado de nuestras prácticas ya estuviera dado y nuestra escritura se adaptara a esas prescripciones, a esos ejercicios calculados, mucho antes de nuestra inscripción en las instituciones de enseñanza.

Quisiera, en estas páginas, explorar la escritura metafórica. ¿Por qué preferir metáfora y no *logos*? Porque en la metáfora hay traslado de un sentido recto, a otro, el figurado que no denota *lo que es*. Es común que los docentes acudamos a metáforas cuando tenemos que dar una explicación, usamos las figuras en lugar de otra cosa y por lo general esa otra cosa es el concepto. Cuando esto ocurre la metáfora adquiere sentido en comparación con el concepto o por su cercanía con aquello que queremos explicar o “bajar”, como suele decirse. En este caso, se supone una cierta primacía del concepto que es lo que se debe entender, el verdadero sentido o sentido propio que encierra la palabra. Y, otra vez, la definición es primera. “La carrera de la escritura” es una figura que pone en movimiento las figuras sin pretender arribar al concepto originario que les da sentido. Al contrario, la carrera pretende detenerse en el movimiento de las figuras para explorar todas sus posibilidades, sin el retorno al significado que les diera origen, sin un significado que se

transforme en el modelo al cual remiten los otros significados producidos por el uso de las figuras.

Los poetas usan las metáforas por la riqueza de los significados que pueden producir, significados impensados que pueden comenzar a rodar con el juego de figuras. Sin embargo, lejos de la poesía, cuando de enseñar se trata, pedimos significados precisos, como si se hubieran capturado para dar cuenta de lo que realmente *es*, de lo que las cosas son. Así, parece que estamos seguros de la verdadera definición y de las consecuencias morales que suele acarrear: que ser un buen docente *es...*, que un buen alumnos *deber* ser... Pensando en esta idea de metáfora no voy a hacer un análisis desde la teoría literaria que se pregunta por sinécdoque, metonimia y otras figuras; sino que voy a extraer las posibilidades de la metáfora como un modo de indagar sentidos como si ese original propio o verdadero no existiera, como si siempre corriéramos entre metáforas. Encontrarnos en la metáfora es una invitación a abandonar los lugares en donde parecía que no escribíamos metafóricamente o, que si lo hacíamos, era para bucear sus relaciones con el concepto, tarea que justifica el análisis en busca de la verdad que subyace al lenguaje figurado por oposición al sentido propio. Correr en la metáfora tiene algo que ver con corrernos del lugar de la Verdad, ése en donde se instala la Razón. Verdad que se transmite y propaga a través de la pedagogía y se asienta en la firme convicción de que hay una Razón que iguala y humaniza. Ensamble textual seguido y repetido en la tarea del profesor que enseña al alumno el lugar de la Verdad que el propio docente se esfuerza en ocupar.

Sigo a Jacques Derrida, un pensador marcado por un estilo que linda, no pocas veces, con la poesía. De la mano de Derrida voy a explorar la metáfora y sus implicancias para pensar la docencia. Les presento, entonces, a Cixous y Derrida. El primer encuentro con Derrida y con Cixous desubica, desconcierta. Al menos para quienes estamos acostumbrados, gracias a un entrenamiento prolongado, a leer detectando los conceptos y argumentos que permiten sostener las tesis que los filósofos esbozan en función de problemas, cuidando siempre, la claridad y distinción en el uso de los términos conceptuales. Tal vez, las categorías con las que se intenta ubicar a uno y otro en una tradición, no puedan retenerlos en los límites disciplinares ya fijados. Demasiado móviles para atraparlos. No intento aquí un juego de oposiciones entre concepto y metáfora, esas de

las que ambos autores pretende correr-se, se trata, más bien, de propiciar un encuentro en estas páginas, en un convite que convoca también a la educación.

Tal vez resulte algo paradójico que hablando de carrera la propuesta sea detenernos a mirar la carrera. Es que para correr hay que saber parar, un paraje que se hace desde la teoría; un detenimiento que no es pérdida de tiempo, sino preparación para la acción; porque de tanto correr, se corre el riesgo de no poder mirar, de que las instituciones y los modos de habitarlas pasen tan de prisa que no podamos advertir sus figuras, los ritmos de sus tiempos, los movimientos espaciales... El riesgo de tanta velocidad es tener que disminuir hasta el sedentarismo por cansancio, sin querer comenzar de nuevo.

Eso es lo que ocurre en los textos teóricos: hay momentos en los que uno se sienta. Y son los momentos en los que uno se puede sentar, en los que se puede tomar, los momentos de las paradas, que hacen esos textos más visibles que los otros, los que pasan corriendo sin parar. (1994: 69-70).

Escribe, que nadie te retenga, que nada te retenga (...) No hay un minuto que perder. Salgamos. Démonos prisa. (1975: 20 Y 34)²

Tenemos prisa. Tengo ojos de lince, es innato. Quien quiere vivir mucho tiempo debe ser rápido. Los demás no hacen nada de nada durante ese tiempo, pierden tiempo, es todo. Tú también eres muy rápida, si no lo fueras, no podrías estar en esa lentitud interminable en la que te encorsetas pues a pesar de todo hay que pensar entre las palabras para escribir, pero para lo demás, eres rápida. (2001: 134)

Carrera de la economía

En “La Mitología blanca” (1971/1994) Derrida señala e interroga el acto de dominación de la filosofía sobre el lenguaje y le adjudica a este gesto el intento de imponer, delimitando, un lugar a la metáfora. En el proceso metafórico se borran las particularidades del sensible y, en este sentido, el lenguaje (natural) es metafórico; sin embargo, la filosofía se adjudica a sí la posibilidad de un lenguaje no metafórico, del orden de la abstracción conceptual que, en una estructura jerárquica, relega la metáfora al mito, a la fábula, a la ficción, a la retórica, a la poesía... discursos éstos que todavía no han alcanzado la supuesta transparencia de la idea. La filosofía se sostiene como efecto de una doble borradura: no

² Los fragmentos aquí citados corresponden a artículos de H. Cixous que se encuentran en la edición preparada por Marta Segarra (2004)

sólo con el lenguaje metafórico se borran las particularidades del sensible singular, sino que la metáfora misma es borrada por la filosofía, en nombre de la idea original. La filosofía ha sacado un provecho desmedido de esta doble borradura, comparable a los intereses de la usura que se beneficia con el valor excesivo atribuido a las cosas, ganando nada menos que la posesión de la Verdad. Las palabras son como monedas que circulan conforme al valor que portan y pareciera que aquellas que portan la verdad (originaria) son las más valiosas y vuelven valiosos a quienes las tienen, tal vez los filósofos, los pedagogos, los políticos, los sacerdotes... No obstante, la Verdad es una mitología, mitología blanca porque el concepto se limpia de las particularidades del sensible.

Somos herederos de una filosofía que demarca, en el ejercicio de su poder, las zonas del lenguaje, la que establece un juego de oposiciones (Sensible/inteligible, imagen/concepto) que en su función regulativa hará las veces de una “ortopedia conceptual” (Cixous, 1975/2004: 30) - u orto-grafía- que encauzará el tráfico del lenguaje en la economía del concepto. Demarcaciones que atraviesan constitutivamente al pensamiento occidental y a la escuela, una de las ficciones más poderosas –y reales- de la cultura occidental moderna. ¿Qué ficciones asumimos como nuestras verdades? ¿Qué conceptos van diseñando la escuela? ¿Qué mitologías crean el cuerpo docente? Preguntas que ponen en circulación la riqueza de sentidos irreductibles a una definición que pretenda responder, verdaderamente, sobre el cuerpo docente.

Carrera del sol³

Gracias a la pretensión de dominar el proceso metafórico, la historia de la escritura es la historia de la Razón que, en su carrera, interrumpe el curso de lo metafórico para alcanzar la claridad del concepto. Desplazamiento paralizador que aquietta la pregunta al saberse en el terreno de la Verdad.

(...) nadie puede imaginar la lentitud de mi carro de pensamiento, corremos unos pocos centímetros por mes y quizás por año, no es la inmovilidad absoluta sino todo el dolor monstruoso del desplazamiento paralizado (Cixous, 1995/2994: 103).

³ Salvo explícita a alusión, en este apartado y los siguientes continúo con figuras tomadas de “Mitología blanca”, tales como jardín, flor piedra, sol, heliotropo, herbario.

La historia de la Razón es *como si* fuera un sol, que nace de Oriente a Occidente, que ilumina la oscuridad. Y, a la vez, es el movimiento que gira hacia el sol, que fija la mirada en el astro central, la Verdad, fuente de luz que aparece y se oculta. Seguimos la verdad *como si* fuésemos un girasol, flor que sigue el sentido del sol, flor que sigue el curso heliotrópico de la Razón. “Escribir el sol es tan imposible como pintar el aire” (Cixous, 2004: 60). Y sin embargo, la escuela lo pretende: Encauzar el brillo de la Razón solar para iluminar a la humanidad que ha de desarrollarse como flores desde el “jardín de infantes”.

Carrera en el jardín

Los corrimientos metafóricos generan siempre nuevos sentidos que brotan como “las flores de la retórica”. Dos personajes se recorren el jardín.⁴ Aristóteles, creador de un jardín filosófico en el que el girasol es la única flor que crece en suelo de geografía metafísica, territorio de verdad no fabulada. Polifilio, habitante del jardín de Epicuro, señala a la metafísica como un proceso por el cual las flores de la retórica, desgastadas por la luz del Sol/Razón, deja atrás su verdad sensible, y colorida. Conceptualización como proceso de desfloración del que resulta una “mitología blanca”: Discurso que abandona la vitalidad del sensible en su proceso de abstracción. La oposición de personajes refuerza el binarismo sensible/inteligible desde su postulación o inversión. Una oposición que deviene tensión si se piensa en la irreductible ambigüedad solar: El sol vivifica el suelo inteligible (Aristóteles) o, su inverso, el sensible (Polifilio), pero también desertifica...

Carrera en el desierto

Derrida ofrece pensar la escritura textual a partir de la figura de la flor disecada, ya sin vida. Las flores coloridas y naturales llenas de vida de la retórica se convierten, por el

⁴ La referencia a Aristóteles y Polifilio aparecen también en “Mitología Blanca”.

desgaste, en una flor seca, imposible de volver a las raíces sensibles que las engendraron e imposible de representar sus propiedades esenciales en el concepto.⁵ La palabra – flor/moneda desgastada- no puede más que remitir a otras palabras, el texto no puede más que remitir al texto. Una lectura y escritura que pretenda correr en dirección al sentido originario para revivirlo, será imposible. La flor abre y cierra “Mitología Blanca”:

(...) hacer aquí una flor, extraerla, subirla, dejarla, mejor, subirla, dejarla, mejor, subir, hacerse de día –apartándose como de sí misma esa flor grave (...)

El heliotropo siempre puede relevarse. Y siempre puede convertirse en una flor seca en un libro. Hay siempre, ausente de todo jardín, una flor seca en un libro... (249 y 311)

Derrida hablando de Mallarmé (1974/1989) recuerda que la metáfora no puede significar ni una sola cosa ni una pluralidad de significados. En la carrera de la escritura no se vuelve al “qué quiere decir”, a “lo que verdaderamente significa” o a “los múltiples significados que la palabra contiene”; si así fuera, la prioridad continuaría siendo la del significado subyacente, aunque plural.

Digo: ¡una flor! y, salvado el olvido al que mi voz relega algún contorno, en cuanto que algo distinto de los cálices conocidos, se alza musical, idea misma y suave, la ausente de todos los floreros. (Mallarmé. En Derrida: 1974/1989)

Flor “ausente de todos los floreros” podría ser el trabajo de la lengua por el nombre mismo. Se trata del trabajo sobre el significante. Sólo existen palabras que se desgastan por el inevitable efecto que la erosión, provocada por el roce en el movimiento, deja en la materialidad de la superficie de los cuerpos. La nostalgia no hará volver al sentido originario del que surge *el* cuerpo docente. No hay definición que guarde la esencia *del* cuerpo docente. Porque el cuerpo se transforma en la fricción del cotidiano que marca la epidermis, dibuja la huella, señala la diferencia. En la repetición, algo se pierde: El eterno retorno de lo mismo sólo puede ocurrir en diferido. Las monedas, por el uso cambian su

⁵ “La flor es siempre de la juventud, cercana a la naturaleza y de la mañana de la vida. La retórica de la flor, por ejemplo, en Platón, siempre tiene ese sentido” También en “Mitología Blanca”, nota al pie, nro 12.

valor; las flores no guardan la vitalidad que las hizo nacer; el sentido se construye cuerpo a cuerpo.

Reclamo el derecho a repetición de la palabra hasta que se convierta en piel de naranja seca (Cixous, 2004: 58).

Qué lucha para ya no ‘pintar nenúfares’, pintando nenúfares. Quiero decir: para no hacer el retrato de los nenúfares, cuántos nenúfares tuvo que pintar, hasta que la representación de los nenúfares se desgaste, hasta que los nenúfares ya no sean la causa, ya no sean el objeto, la meta sino la ocasión... (Cixous, 2004: 54-55).⁶

Carrera pedestre

El jardín, tal vez el paraíso terrenal del Edén, ofrece a sus habitantes la abundancia ordenada que refugia a quienes aceptan habitarlo como corresponde. En el desierto, el refugio tiene que ser creado. En “Mitología Blanca”, la figura de la piedra acompaña a la de la flor. Leemos al comienzo: “Aprendiendo a cultivar según el cálculo de un lapidario”; y al final: “heliotropo nombra también a una piedra; piedra preciosa, verdosa y rayada de venas rojas, especie de jaspe oriental” (p. 311). Heliotropo, suelo de herbario, de antología disecada, piedra oriental, lugar de repliegue de la metáfora. Suelo de piedra erosionada consistente para crear y criar escritura. Dureza y resistencia del significante que no se deja penetrar para extraer el significado. Es el cuerpo que ha renunciado a la vivificación del alma que anima al *qué es*. Sin alma, la carrera es pedestre. No se corre en el jardín; los pasos, siempre repetidos, nunca los mismos, gastados en la fricción del suelo, a contra tiempo, recorren el desierto. El cuerpo pregunta *qué puede*.

Es preciso un diluvio para convertir el jardín en desierto, para inventar con palabras gastadas. Diluvio como crisis en que se pierden los sentidos... Releer todo de otra manera. Crear otro mundo con las palabras que quedan. Otras creencias para refugiarnos.

Un diluvio
Habría que anular el Tiempo.
deshacer la Historia. Des-contar.

⁶ El nenúfar florece en la noche y se cierra por la mañana, esto simbolizaba la egipcia separación de deidades y era un motivo asociado a las creencias sobre la muerte y la vida después de la muerte. El nenúfar florece de noche, lejos de ese sol *logos*, flor heliotropo.

Des-saber
Des-llegar
Des-a cordar
-Empezar de cero. todo. potentemente. (Cixous, 1994/2004: 74)

Carrera póstuma

El trabajo sobre el nombre es un trabajo de disección, “la disección de un muerto; de un cuerpo disociable cuyas partes podían servir *en otro lugar*” (Derrida: 1974/1989). Las partes de la palabra pueden cambiar su orden, las palabras su lugar, el cuerpo puede desmembrarse y las partes, repetidas fuera de su lugar originario, ya no son las mismas. Los nombres se sacan, se colocan, se parten, se roban, se lucran... ningún soplo vital, alma, Dios, razón, autor, Estado, historia, los reclama para sí. El texto está muerto, sin una vida a la que pertenezca, y es esta muerte la que permite su sobrevivencia por obra de la disección.

Quando el escrito está difunto como signo – señal es cuando nace como lenguaje; dice entonces lo que es, justamente para no remitir más que a sí, signo sin significación, juego o puro funcionamiento, pues deja de ser utilizado como información natural, biológica o técnica, como paso de un ente a otro o de un significante a un significado (Derrida, 1967/1989: 22).

El texto corre, después de muerto. “Carrera de la escritura” puede ser carrera del hijo póstumo, que sale a la luz después de la muerte del padre. “Él corría muerto” es el título que Derrida (1996/2004) pone a un escrito dedicado a conmemorar *Les Temps Modernes* -palabras de Sartre, disecadas por operación de Derrida- que hacen correr a Sartre muerto y sin cabeza⁷. Corredor, porque se apartó del curso de la carrera, pudiendo desviarse del itinerario marcado; muerto, porque en vano se pretende encontrar su presente vivo; sin cabeza, porque pensó sin responder a un padre, a una ley. En la corrida la cabeza le vuelve a la boca: Lengua que habla, sin padre.

Obras de ser: Obras que ya no necesitan encomendarse a la gloria, o a su origen magistral, que no necesitan estar firmadas, volver, retornar para celebrar al autor (1986, 2004: 46).

⁷ Es interesante la figura de un pollo que corre con el pescuezo roto, sin cabeza, ya muerto

La muerte de Sartre se espectraliza y su fantasma corre delante nuestro, corremos detrás de su herencia. Herencia del libro muerto, cementerio-libro. El escritor resucita en el cementerio-libro. La referencia a Proust refuerzan esta idea: “Un libro es un gran cementerio, en que sobre la mayoría de los túmulos no se puede leer más los nombre borrados”. La biblioteca es, en este sentido, un cementerio de cementerios. Porque está muerto, el nombre (flor seca, heliotropo) puede ser re-inscripto, disecado, tallado... como una flor seca en un libro, no ha desaparecido, lo que queda de ella continúa un movimiento que la puede llevar de una página a otra, de uno a otro libro.

(...) “la metáfora no reduce la sintaxis, dispone por el contrario sus desviaciones, por lo que se arrebatada a sí misma, no puede ser lo que es más que borrándose, construye indefinidamente su destrucción” (Derrida, 1971/1994: 307).

Se corre para saludar el porvenir, se saluda lo que vendrá, la venida de lo que viene. Escribimos para muertos o in-natos, para los todavía “no nacidos”. Se corre como niños, baluceando; como niños no videntes o miopes: viendo más allá sin ver. El texto es vida y es muerte, una *intermitencia* entre vida y muerte.

En el lecho se tiende tanto la escritura como la muerte. El libro es a un tiempo el lugar del himen y la figura del sepulcro (Derrida, 1974/1989).

Se trata, entonces, de trabajar la lengua como texto significante, como una superficie de cuerpo material. La metáfora lateraliza, señala otros posibles con un flash que no demuestra pero sugiere. Palabras, sonidos, ritmo, gestos componen una trama de escrituras que viven, mueren, se desgastan, sobreviven en el movimiento intermitente de “la carrera de la escritura”.

Carrera de la pedagogía

En un artículo dedicado a la enseñanza de la filosofía en las instituciones, Derrida (1976/1982) descompone, en una operación de autopsia, al *cuerpo del docente* inscripto en

instituciones de enseñanza, *cuerpo organismo*. Es un trabajo sobre el cuerpo: hurga en las palabras, revuelve sentidos, separa lo ordenado, mira, registra, mueve... hace del cuerpo, un *cuerpo sin órganos*, un cuerpo metáfora que se desplaza, en su proceso de deconstrucción y construcción, arrojando sentidos.

Responder a un *cuerpo docente* significa que lo que las palabras transmiten, responden a un origen, una unidad, una totalidad, una verdad desde donde las significaciones tiene un lugar, un orden. Por responder a este *cuerpo docente*, el docente se transforma en un *cuerpo organismo*, un *no-cuerpo* en el sentido de que pierde la posibilidad de que el *cuerpo*, en su materialidad, sea productor de sentido y no, como nos suele suceder, vehículo representante de significados que le preceden y lo mandan.

En el mencionado texto de Derrida aparece otra vez la borradura: la materialidad del cuerpo se desvanece para dejar manifestar el supuesto significado que considera al docente como la parte de todo proceso pedagógico de transmisión de verdad. Pero también la pedagogía, como cuerpo organismo, ha borrado, con efecto de retirada, el proceso de metaforización que produce la trama textual. Doble borradura: se elimina el proceso de metaforización de la pedagogía y de su transmisor, el docente. Lo que vale es la verdad.

Al volverse significante que representa, significa, enseña, transmite verdad, el docente, el *cuerpo del docente*, pierde su vida, su fuerza, se vuelve rígido: "Esfumación *cadavérisant*". El *cuerpo docente* controla el *cuerpo del docente* borrando su metaforicidad, es decir, la posibilidad de corrimientos continuos que generen sentidos desde la propia materialidad del cuerpo. Se propicia así, un docente sedentario, un docente que no puede correr. Un docente *cuerpo organismo* se esfuma anulado por la fuerza orgánica de la institución porque no puede moverse de la parte que la totalidad le ha asignado. Así, este docente se torna un cadáver por represión. El docente escucha y habla verdad, reproduce lo que ya fue dicho. *Su* cuerpo, *su* voz, *sus* palabras, *sus* gestos desaparecen cuando repite las palabras mandadas por el *cuerpo orgánico*.

La esfumación hace desaparecer, por aniquilación sublime, los rasgos determinantes de un *facies*, y de todo lo que en el rostro no se reduce a vocablo y a lo audible (Derrida, (1976/1982).

Derrida insiste en la ambigüedad irreductible: *Esfumación* es también la retirada del maestro que no se limita a repetir. Cuando el maestro se retira, como la metáfora, queda allí, en el alumno, en letra invisible, en una especie de *palimpsesto-alumno*. Se trata aquí de un *cadáver* que corre, como Sartre, en el alumno, aún después de muerto. La muerte del maestro supone la consciencia siempre desgraciada del discípulo al quedarse solo, sin maestro (Derrida, 1967/1989), prescindiendo del maestro para correr con *su* cuerpo, para hablar *su* propia lengua, para escribir *su* propio texto: “Escríbete: es preciso que tu cuerpo se haga oír”, exhorta Cixous. (1975/2004: 25). Palabras que resuenan como herencia del docente *cuerpo sin órganos*.

La presencia sale de la ausencia, veía eso, las facciones del rostro del mundo se alzan por la ventana, emergiendo de la borradura, veía el amanecer del mundo (Cixous, 1998/2001).

“(…) no dejarse atrapar por los cercos endurecidos que nos tornan sedentarios. Retirarse a tiempo, aunque siempre tarde, porque “el *logos* abre su boca y nos traga” (Cixous, 1976/2004: 44).

En Mi consciencia me muerde “¡Corre! ¡Corre! Ahí está saliendo de estampida ante mí sobreexcitada, pequeñita y blanca de miedo, su boquita roja entreabierta, gritando de miedo y yo me lanzo tras ella pateando para darle todavía más miedo. Pequeña diversión que repito varias veces por juego. Pero ahora la cosa se endurece: ‘¿Crees que te dejaré escapar? Me es muy fácil, cosita, atraparte, empujar rápidamente una silla y una mesa para cerrarte la mitad del camino, y ahora sólo puedes pasar por el pasillo de la izquierda, y allí,

‘te espero! ¡con la boca abierta! (Cixous, 1976/2004, 92).

Un docente cuerpo sin órganos puede correrse. Para correr hay que querer salir del lugar donde se está parado. Un docente *Cuerpo sin órganos* se mueve entre los bordes del organismo, busca “una esquina donde vivir”, un entre, un cruce, una intermitencia en el encuentro entre el maestro y el aprendiz. Tal vez, esa expresión tan recurrente de “pararse frente al curso” sea un modo de construir la relación entre docente y alumno desde un lugar mandado que nos exige sedentarismo. Por qué no, gastar nuestras palabras hasta inventar otras, hasta inventarnos con otras, las del otro. A la lengua siempre la impone el más fuerte y no hay lengua sin una fuerza de ley, por eso se corre también para huir de la gramática

impuesta, balbuceando otra. “Pararse frente al curso” puede ser también ponerse de pié para jugarse en “la carrera de la escritura”.

Docentes, escritores, trabajadores, pensadores, educadores, amigos, mujeres... “ponemos el cuerpo”, transitamos los bordes entre metáforas (abiertos a la posibilidad de nuevos sentidos) y definiciones (que pueblan los deseos y los pensamientos). Entre el trabajo y la desocupación, el optimismo pedagógico y la queja por las faltas, el reconocimiento (el económico y otros) y la indiferencia y tantos otros *entres*, saltamos y corremos para que el *lobo* no nos atrape. El desgaste ciertamente se produce al “poner el cuerpo”. Desgaste que nos hace correr. Hélène Cixous (2000/2004) presenta la imagen de un perro que corre con tres patas, con ella insiste para resaltar el esfuerzo de mantenerse en el movimiento de escribir y escribirse, en el abandono, con gritos, por la caricia, con las correas y los castigos que pueden atarnos... Movernos, a pesar de las cojeras, “Corriendo muy rápido para impedir que mi pata cortada me hiciera tambalear” (Cixous, 2000/2004:128)⁸.

Correr en los bordes no es fácil, requiere, sí, de un cuerpo con paciencia de lapidario y resistencia de piedra para escribir nuestros surcos y dejar huella...

Se trata de volver a pasar por las mismas alamedas, cada año sucede ese milagro no milagroso del volver a empezar y del rebrote. (Cixous, 2000/2004: 121)

⁸ Esta figura es desarrollada en “Mi perro de tres patas” (2000/2004)

Bibliografía

- Derrida, J. (2001/2004): “Ele corria morto: salve, salve. Notas de uma correspondencia para ‘Temps Modernes’”. En Derrida, *Papel – máquina*, Sao Paulo: Estacao Libertade,
- _____ (1967/1989): “Cógito e historia de la locura”. En *La escritura y la diferencia*, Barcelona: Anthropos,
- _____ (1971/1994): “Mitología blanca”. En *Márgenes de la filosofía*, Madrid: Cátedra.
- _____ (1974/1989): “Palabras Preliminares. Mallarmé”. Capítulo extraído de *Tableau de la littérature française*, vol, III, París, Gallimard. 1974, pp. 368-379. En «Antología», *Anthropos, Revista de documentación Científica de la Cultura* (Barcelona), *Suplementos*, 13 (1989), pp. 59-69. Traducción de Francisco Torres Monreal. Edición digital de *Derrida en castellano*.
- _____ (1976/1982): “Dónde comienza y cómo acaba un cuerpo docente”. En Grisoni, Dominique (comp.): *Políticas de la Filosofía*, México, Fondo de Cultura Económica
- _____ (1989): La retirada de la metáfora. [En línea] Disponible <http://www.librosgratisweb.com/libros/retirada-de-la-metafora.html>
- Cixous, H., Derrida, J., Segarra, M. (2004). *Lengua por venir. Seminario de Barcelona*. Icaria: Barcelona.
- Cixous, H. (2004): *Deseo de Escritura*. Edición y Prólogo de Martha Segarra. España: Reverso.
- _____ (1998/2001): “SA(V)ER”. En Cixous, H., Derrida, J.: *Velos*. Prólogo y traducción Mara Negrón, México: Siglo XXI